

7 de junio de 2021, lunes de la 10ª semana del tiempo ordinario

2 Cor. 1:1-7; Mt 5:1-12

Homilía

En la época en que se escribieron los Evangelios, es decir, cuando las memorias de los que habían conocido a Jesús y habían sido sus discípulos fueron recogidas por los cuatro evangelistas que conocemos -Mateo, Marcos, Lucas y Juan-, después de que estos escritos hubieran circulado primero de forma oral y luego en pequeños relatos escritos y aislados, los primeros cristianos estaban ya sumidos en la persecución. Se comprende, pues, la importancia que se da en estos Evangelios a la última bienaventuranza: "Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia...", así como la elaboración de la última bienaventuranza: "Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia. .", así como la elaboración de esta bienaventuranza: "Bienaventurados si sois insultados, si sois perseguidos... alegraos, gozad... ". Se trataba de las tensiones vividas entre las autoridades de la religión judía tradicional y el naciente cristianismo que era percibido como una nueva secta y una amenaza.

La situación era la misma -sólo que más difícil y dramática- en la época en que Juan, el vidente de Patmos, escribió ese libro de tanta belleza poética, lleno de símbolos que a veces nos resultan difíciles de entender, que se llama Apocalipsis. En aquella época, los primeros cristianos fueron duramente perseguidos por los emperadores romanos, que veían en este pequeño grupo de cristianos un peligro para la religión tradicional del Imperio Romano.

Y sin embargo, en cada caso, lo que se propugna no es una respuesta violenta a la violencia sufrida, sino una apertura del corazón y una llamada a la comunión universal. En el pasaje del Evangelio que acabamos de leer, llamado las "Bienaventuranzas", Jesús no dice "Bienaventurados los que sois mis discípulos", ni "Bienaventurados los que pertenecéis a este grupo". Proclama bienaventurados a todos los que tienen un corazón pobre, que no se repliegan sobre sí mismos y sobre sus supuestas riquezas, a todos los que son mansos y misericordiosos, que saben llorar el sufrimiento de los demás, que tienen sed de justicia y que son pacificadores, aunque sean perseguidos por adoptar una actitud tan abierta hacia todos.

Estas palabras de Jesús son sorprendentes. Tienen poco que

ver con la "religión". En este texto no se habla de religión, ni siquiera de oración. Estas bienaventuranzas se refieren a la vida real: una vida en la que hay personas que sufren y son consoladas, personas sometidas a su destino y que finalmente se realizan, personas hambrientas y sedientas de justicia, personas puras de corazón que trabajan para traer la paz a este mundo, pero también pobres y perseguidos. Un mundo, al fin y al cabo, no tan diferente del nuestro. Y a este mundo Jesús le ofrece la felicidad. Una felicidad que está al alcance de todos, si en lugar de correr tras los ídolos del dinero y el poder, optamos por el reino de Dios. En este pasaje, Jesús ofrece una clave para entender el significado de una vida humana ordinaria hecha de dificultades y luchas, así como de pureza de corazón y belleza.

El mundo en el que vivimos hoy no es tan diferente, de hecho, del mundo en el que se escribieron los Evangelios y el Apocalipsis o las cartas de San Juan. Es un mundo en el que, a pesar de los avances sociales y técnicos heredados de las revoluciones y los cambios de los últimos siglos, sigue habiendo un número asombroso de personas que sufren pobreza y hambre, que son perseguidas y expulsadas de sus hogares y países, que están desempleadas y despojadas de su dignidad. Un mundo en el que hay atentados terroristas realizados a menudo por jóvenes que se sienten privados de futuro y de dignidad.

¿Cómo podemos dar sentido a este mundo? ¿Dónde podemos encontrar las claves de interpretación?

Hace unos años, a instancias del Papa Francisco, un centenar de Movimientos Populares fueron convocados en Roma por el Pontificio Consejo de Justicia y Paz y la Pontificia Academia de Ciencias Sociales. La lista de estos Movimientos Populares reunidos en Roma era impresionante. Allí estaban los trabajadores rurales sin tierra de Brasil, los vendedores ambulantes de Kenia, los recolectores de basura de Sudáfrica, los sin techo de Filipinas, los recicladores de los barrios bajos de muchas partes del mundo. A todas estas personas, en un discurso lleno de cálida humanidad, Francisco les dio la clave del sentido de sus vidas. A estas personas les dijo: "Su reunión no responde a una ideología. No están trabajando con ideas. Están trabajando con la realidad... Tienen los pies en el barro y las manos en la carne. Tienen el olor del barrio, de la gente, de la lucha. Queremos que su voz sea escuchada... "Y, sin embargo, no llamó a la violencia, sino a la solidaridad. Con pasión, dijo, pero sin violencia.

Y el Papa Francisco les dijo, en la conclusión de su discurso:

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

"Queridos hermanos y hermanas, continúen su lucha. Nos hacen un bien a todos. Es como una bendición de la humanidad.

"Una bendición de la humanidad". No podríamos encontrar una mejor definición de lo que es la santidad.

Armand Veilleux